

tes de la vida constituyen excusa suficiente de ausencias é imperfecciones y á nadie se exige que haga más de lo que puede. El médico ya es otra cosa. ¡Ejerce un sacerdocio!

Pero, si se trata de estipendios, el asunto varía; cualquier cantidad parece excesiva como pago de misión tan delicada. Y nunca aplauden al profesor que tasa modestamente sus servicios, al contrario, es signo para la mayoría de gentes de insuficiencia científica notoria; pero, esto no evita, que se censuren generalmente con severidad las exigencias de mayor cuantía, calificando de negociante al médico que justiprecia en elevadas cantidades su trabajo, usando de legítimo derecho. Para nuestra clase, no quisieran rigiese la ley económica de la oferta y la demanda; porque es un sacerdocio que ha de ejercerse sin distinciones de calidad y fortuna.

No se crea que la cuestión de honorarios es accidental, en el conjunto de candentes problemas que el ejercicio de la Medicina implica; constituye el nudo gordiano de toda dificultad, la clave para descifrar enigmas, el eterno motivo de críticas apasionadas y lucubraciones pseudofilosóficas.

Las ideas razonables y de común sentir, que prestan singular excelencia al importe del trabajo, que ennoblecen el dinero, fruto de actividad honrada, se olvidan y tergiversan si de asistencia médica se trata; sólo advierten egoísmos, afán de lucro, ansia de vil metal; nunca recuerdan las dificultades y fatigas, la dignidad de la labor, la justicia de una remuneración adecuada. Hay quien tiene por norma cumplir todos sus compromisos, y enrojecería de vergüenza si pudieran echarle en cara una falta de esta clase; y sin embargo, se cree libre de toda consideración respecto al médico y hasta se da por engañado si conviene, bajo el especioso pretexto de que no sirvieron los auxilios de la ciencia ó fueron incompletos.

Véase como del desconocimiento de nuestra profesión, pueden seguirse consecuencias en el terreno económico. A un industrial cualquiera, sería inícuo no retribuirle su trabajo, mas, esta regla no rige con los que viven de una carrera, cuyos principios son dudosos y en la que sólo por casualidad se acierta. Según las ideas de los que así racionan, lo más oportuno fuera, pagar cuando el enfermo curase, y en caso contrario que indemnizara el profesor á la familia. Consideran la Medicina como un albur en el que siempre gana el médico.

Los erróneos conceptos que existen en el público, al apreciar la importancia y alcance de nuestra carrera, y la agitación intelectual de esta época, algo tumultuosa y exuberante, constituyen impedimentos de mayor cuantía para que la Medicina logre merecer el concepto social á que tiene derecho. Hombres de verdadera ilustración, publicistas de talento, filósofos prácticos en la tarea árdua de elucidar problemas de los modernos tiempos; los